

RAMÓN PASCUAL MUÑOZ SOLER

GÉRMENES DE FUTURO EN EL HOMBRE

Civilización planetaria del Tercer milenio



CIVILIZACIÓN PLANETARIA DEL TERCER MILENO

NUEVO SIGNO DEL TIEMPO

Abordar el tema de “Gérmenes de Futuro en el Hombre” implica, de alguna manera, intentar un contacto directo con el **mensaje del nuevo signo del tiempo**.

No me resulta fácil hablar de estas cosas. Se trata de algo germinativo, incipiente, pre-figurativo (quiero decir, que está **antes** de la forma). Se trata de algo que transcurre antes por dentro que por fuera.

Es más fácil hablar de lo que está ya consolidado en la materia, de lo ya dibujado en las instituciones. En otras palabras, es más fácil describir los restos fósiles de animales prehistóricos y las ruinas de civilizaciones perdidas que percibir las primeras configuraciones que se anuncian en el horizonte del porvenir.

Actualmente, la humanidad se encuentra en una de esas curvas privilegiadas de la historia, donde el “tiempo del fin” coincide con el “tiempo del principio”. Asistimos, sin que nos demos mucha cuenta, a una de esas maravillosas singularidades del tiempo: la **coincidencia entre el ocaso de los antiguos dioses y el nacimiento de un nuevo sol**.

En esta “frontera del tiempo”, que hoy vivimos con una mezcla de desilusión y esperanza, en esta “zona de pasaje” entre el crepúsculo de la era de Piscis y las primeras luces de Acuario, en este momento de transición eónica, coexisten en el planeta dos culturas diferentes, no sólo porque sus formas institucionales y sus sistemas de valores son diferentes, sino porque sus “flechas de tiempo” apuntan en direcciones diferentes: unos van y otros vienen. La biología moderna, sobre todo a partir de las investigaciones de Ilya Prigogine y su escuela, nos muestra esos puntos críticos de “bifurcación” de la corriente de la vida (a partir de allí una rama asciende y otra desciende).

Actualmente nos encontramos oscilando en una de esas “zonas críticas de fluctuación co- evolutiva”. Por eso es tan difícil hoy en día diferenciar lo nuevo de lo viejo. Es difícil distinguir lo que tiene vida, lo que es germinativo, lo que tiene futuro, de lo que sólo es cáscara vacía, forma sin contenido, apariencia y simulacro de un mundo que pasó.

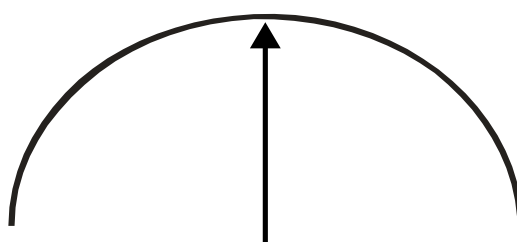
Mensaje

Dijimos que hablar de “Gérmenes de Futuro en el Hombre” era querer aproximarnos al **mensaje** del nuevo signo del tiempo. Pero, precisamente, aquí se nos presenta otra dificultad. Hoy todo está revuelto y es muy difícil diferenciar lo que es “mensaje” de lo que es “contramensaje”.

Muchos de los mensajes llamados de futuro que circulan por el mundo son mensajes de una vieja época, mensajes del mundo de ayer que no sirven para el mundo de hoy. Son mensajes que pronunciaron otros hombres, en otro tiempo y en otro mundo, y que se siguen repitiendo aunque esos hombres y ese mundo hayan muerto ya. Son como esas voces grabadas de los astronautas que murieron en el espacio atrapados en sus cápsulas, voces que siguen resonando como espectros verbales de quienes las pronunciaron, palabras muertas que han perdido contacto con el aliento primigenio de la Vida. Son voces **sin** mensaje.

Henri Lefèbvre, en su aguda crítica a nuestra civilización tecnocrática (una tecnocracia que puede conducirnos del “homo sapiens” al “homo cibernéticus) señala con mucha claridad esa muralla que se levanta ante nuestros ojos como una verdadera “barrera de tiempo”.

Dice Lefèbvre: “La cultura actual se encuentra frente a una barrera difícil de cruzar”



Y agrega que frente a ese umbral se produce un fenómeno de **reflujo** que se manifiesta por el fenómeno masivo de repetición: “Todo se repite, todo se reedita; la moda retoma los modos pasados; lo que parecía abolido por la historia -comprendido la guerra y el abuso de poder- se repite con una obstinación extraordinaria”¹.

La Revelación posmoderna

Lo que Lefèbvre no dice es: ¿cuál es la naturaleza de esta barrera que nos cierra el paso? ¿Ni nos dice tampoco cómo se cruza!

Pero antes de responder a estos interrogantes, se impone una pregunta previa: ¿Existe realmente un mensaje que venga del futuro y que podamos reconocer como mensaje del nuevo signo del tiempo?

Sí, existe, pero tenemos dificultad para reconocerlo. Y no lo reconocemos porque lo buscamos donde no está. Buscamos al profeta en lugar de sintonizarnos con la “radiación profética”.

¿Cómo se descubre esta “radiación profética”? ¿Cómo se des-cifra su código semántico? -No se descubre ni se descifra. ¡Se revela!

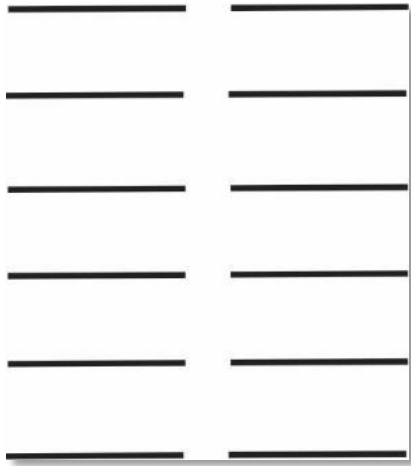
Y esta es una de las claves secretas, si no la principal del mensaje implícito en el nuevo signo del tiempo.

Una nueva revelación cambia la geometría del espacio humano

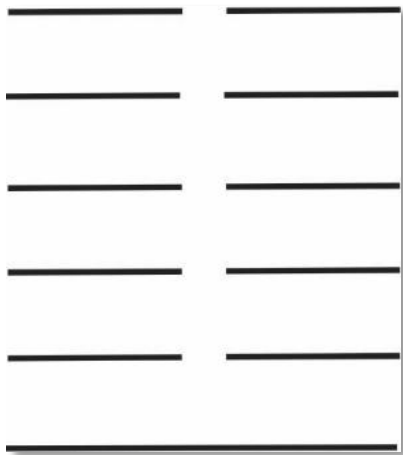
Como dice el I CHING: “Al final de la noche, la luz que había sido expulsada vuelve a ingresar”.

Este “ingreso de la luz” es el **acontecimiento paradigmático** que “inicia” la nueva era.

¹ Lefèbvre, H. La porte de l’avenir, 1972.



KUN



FU

El signo del tiempo ha cambiado.

El mundo ya no es el mismo.

La casa que habitábamos ha quedado sin sostén.

¿Cómo se manifiesta este ingreso de la luz?

-Se manifiesta poniendo al descubierto el poder de la sombra.

La revelación posmoderna tiene una característica que la diferencia de las formas de la revelación que pertenecen a otras épocas históricas.

Se trata de una revelación **profético/científica**.

¿Son dos revelaciones? ¡No, son dos fases de una misma revelación!

Cuando Einstein, refiriéndose al instante en que tiene la clara visión de las

ecuaciones matemáticas que formulan la teoría de la relatividad, dice: “Una luz maravillosa se hizo dentro mío”, el testimonio del científico no es diferente a la experiencia interior del místico. No hay dos revelaciones, sino una sola. En las altas cumbres del pensamiento y el amor, el sabio y el santo se encuentran. Hoy ya no nos extraña que Einstein dialogue con Rabindranath Tagore y David Bohm con Krishnamurti.

De todos modos, el “ingreso de la luz” es lo que podríamos llamar la “faz iluminativa” del mensaje. Pero hay otra fase de la revelación que podemos llamar “genética”. La primera (iluminativa) se refiere a la “lectura” del mensaje; la segunda (genética) tiene que ver con la “signatura”, es la “conmoción del mensaje”, “lectura”, “signatura”.

Gérmenes de Futuro en el Hombre

En el 1966 salió a la luz mi primer libro “Gérmenes de Futuro en el Hombre”. En aquel entonces yo intuía que más allá de la revoluciones sociopolíticas del siglo XIX y más allá de la revolución científico/tecnológica del siglo XX se anunciaban en el horizonte del porvenir las primeras señales de un **cambio antropológico** que comenzaban a con-figurar la nueva geometría sociocultural del siglo XXI.

¡Cuando todo parecía confuso en la superficie del magma social, en las aguas profundas de la vida se estaba gestando algo nuevo!

A estos primeros “acordes” de un nuevo sentir, a estas primeras “con-figuraciones” de un nuevo pensar, a estas primeras “pre-figuraciones” de una nueva geometría de la vida las llamaba -y las sigo llamando- “gérmenes de futuro en el hombre”.

Mi mayor dificultad era -y sigue siendo- traducir la visión interior a la esfera del pensamiento. Tuve que utilizar, en ese entonces, más la fuerza del alma que el lenguaje de la ciencia.

Sin embargo, pronto me di cuenta de que análoga dificultad tienen los

científicos cuando quieren traducir al lenguaje corriente la visión intuitiva del espacio/tiempo relativista, o la danza de partículas en un campo cuántico a las fórmulas del lenguaje matemático. ¿Y qué decir de los astronautas? ¡Tampoco ellos tienen palabra para sus contemporáneos de la Tierra!

¿Qué es lo que pasa, entonces?

Lo que pasa es que hemos penetrado en un nuevo espacio, pero aún no sabemos navegar en él.

El “tiempo intrínseco” de nuestra propia materia viva ya no es el mismo.

El “canon antropológico” ha variado. La relación del hombre con el cosmos tiene una medida diferente.

De la voluntad prometeica del hombre terrestre nos hemos transferido, sin darnos mucha cuenta, a los primeros destellos de una **conciencia cósmica**.

El desafío del nuevo tiempo no es de naturaleza metafísica, teológica o epistemológica, sino “fisiológica”.

Lo que ha entrado en el juego de la Historia no es una nueva ideología sino una nueva corriente de energía/conciencia, un mensaje portador de un nuevo “código gen-ético”.

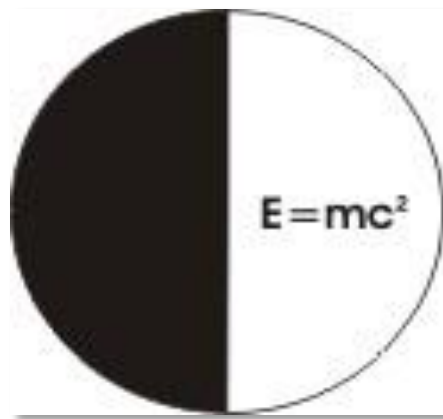
“gen-ético”

Este nuevo mensaje “vibratorio” no sólo **conmueve** las bases de nuestras instituciones sociales sino que irrumpe en nuestra propia biología molecular y cambia la geometría de la vida. La “fisiología humana” vibra hoy a ritmo diferente.

Todos vibramos hoy al ritmo de una “ley” cuya dinámica intrínseca aún no alcanzamos a reconocer. Pero este des-conocimiento no “impide la operatoria” de dicha ley. En otras palabras, hoy sufrimos y padecemos el mensaje antes de reconocerlo. Nuestra sensibilidad, nuestro modo de pensar, nuestra misma “materia”,

son aún instrumentos demasiado rígidos como para entrar en “resonancia” con el ritmo del mensaje del nuevo signo del tiempo.

Desembocamos aquí en una “crisis del conocimiento”. El conocimiento fragmentado que hoy poseemos tiene respuestas para el mundo, pero no tiene respuestas para el hombre. El hombre cósmico ha nacido, pero hace falta una ciencia que lo explique. La ciencia que poseemos sólo nos da la “mitad de la fórmula”.



Antropología de Síntesis

Como respuesta al desafío que acabo de mencionar nació mi libro “*Antropología de Síntesis*”. Ocho años me llevó escribirlo, y fue publicado en 1980.

Aquí ya no es la ciencia explicando al hombre, sino el hombre explicándose a sí mismo con el lenguaje de la ciencia.

Antropología de Síntesis no parte de una pregunta metafísica: “¿qué es el hombre?”, ni de una pregunta histórico/evolutiva: “¿qué ha sido del hombre?”, sino que parte de una nueva **función**, de una nueva con-figuración entre los valores del alma y la química de la vida.

“configuración”

¿Cómo se manifiesta esta nueva estructura/función en la dinámica co-evolutiva del ser humano? - Yo diría que se manifiesta como “función de resonancia”.

Lo primero que advertí como respuesta orgánica al “ingreso de la luz” fue un “cambio de ritmo” en mi propia fisiología. No se trataba sólo de iluminación sino de “conmoción”. De la idea del mensaje pasaba a la “energ-ética” del mensaje.

“energ-ética”

De la metafísica del conocimiento pasaba a la geometría de la vida. Pasó mucho tiempo antes de que pudiera darme cuenta de la “operatoria” de este nuevo ritmo, no sin antes pasar por algunas enfermedades y perturbaciones orgánicas que hoy califico de “enfermedades de evolución”. Digo “enfermedades”, porque tuve que aprender con dolor que las nuevas funciones orgánicas, las funciones que podemos llamar evolutivas, o mejor dicho co-evolutivas, emergen a través de un proceso de des- integración/transmutativa de la materia. Eso yo lo sabía teóricamente, lo había aprendido de los alquimistas, y también lo había aprendido de la ciencia moderna: la biología molecular (Ilya Prigogine y su escuela dicen que sin “ruptura de simetría” no hay evolución). ¡Pero una cosa es leerlo en los libros o verlo en el laboratorio, y otra muy distinta es vivirlo y padecerlo en el propio cuerpo!

Al vivirlo, al experimentarlo, al in-corporarlo, al sostener por dentro el ritmo vibratorio de lo nuevo, el mensaje me revelaba su propia “ley”. Pero ya no era la revelación escrita sino la revelación in- scripta.

“in-scripta”

Esta nueva “ley”, que abre un nuevo camino vibratorio a los hombres y mujeres que vienen es una ley de

“reversibilidad de valores”.

¿Qué es reversibilidad de valores?

En una primera aproximación, podemos decir que es “un cambio en la dirección de la fuerza”, ¡un giro de 180° por dentro!

“Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo”, decía Arquímedes. Es la

voluntad del hombre prometeico: más caballos de fuerza, más televisores, más deuda externa, más megatones...

Pero ahora las cosas son diferentes, el mundo ha cambiado; después de la ruptura atómica, la casa que habitábamos ha quedado sin sostén. Los puntos de apoyo que teníamos en el mundo de ayer han quedado desestabilizados. Una poderosa corriente de cambio conmueve las bases del mundo contemporáneo. El centro de gravedad existencial ha sido súbitamente transferido del mundo exterior a nuestro mundo interior. Pero tampoco es un punto fijo (para instalarse allí, para quedarse allí), sino un punto de “fijación/expansiva”.

“fijación/expansiva”

De la rígida voluntad del hombre prometeico pasamos a la “estabilidad dinámica” del hombre místico.

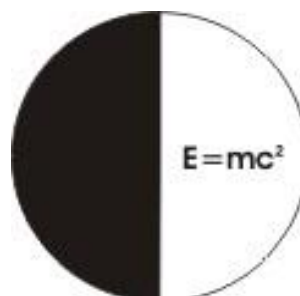
Estabilidad/dinámica es reversibilidad de valores. Se trata de la operatoria de una nueva ley; una ley de transformación co-evolutiva, que en física cuántica reconocemos como transiciones bruscas de partícula/onda, materia/antimateria, en biología molecular como fluctuaciones de materia/información, y que en el mundo humano comenzamos a experimentar como giro interior, tránsito entre la voluntad de poder y la expansión de conciencia.

“trans-sito”

La **nota clave** del mensaje del nuevo signo del tiempo es este movimiento de “reversibilidad de valores”, movimiento intrínseco de la creatividad, fundamento energ-ético de la libertad interior, transposición de la voluntad a la conciencia, de la materia al espíritu y del espíritu a la materia.

Es la “otra mitad” de la fórmula.

Un nuevo sentido del esfuerzo.



Actualmente se ha abierto una brecha generacional entre tipos humanos que se diferencian entre sí por el modo de manejar la fuerza.

Leemos una noticia que viene de Moscú y que dice lo siguiente:

“Los militares soviéticos de la vieja guardia resisten la doctrina propugnada por Mikhail Gorbachov, según la cual “la estrategia defensiva soviética” no debe tener parámetros cuantitativos sino cualitativos”.

Llegados a este punto de nuestras reflexiones acerca del mensaje del nuevo signo del tiempo debemos detenernos para mirar. A la visión profunda se nos revela la “faz luminosa” del mensaje: gérmenes de futuro en el hombre, reversibilidad de valores, ingreso de la luz, nueva alianza. Es la dimensión trascendente del mensaje. Pero en el punto de máxima expansión de conciencia la onda del sentir vuelve sobre sí misma y entra en “resonancia” con los aspectos más conflictivos del ser humano y con las formas más oscuras de la materia. ¿Qué vemos allí? ¿qué sentimos? Vemos y sentimos el “poder de la sombra”, la cara oscura del mensaje, su dimensión apocalíptica: el SIDA, la droga, la perturbación ecológica del planeta, el desequilibrio económico-financiero mundial, la delincuencia organizada... Algo se nos ha escapado de las manos. Como contrafigura del desarrollo de la ciencia y la técnica estamos padeciendo hoy verdaderas “enfermedades sociales” por carencia de ultraelementos espirituales (o para emplear la terminología del sociólogo crítico Jean Baudrillard, por “implosión de masa”).

“implosión de masa”

¿Cómo se arregla todo este desequilibrio social y ecológico que padecemos?

¿Cómo se controla la droga, el SIDA, la delincuencia juvenil, la venta de órganos humanos? - ¿Más cárceles, más institutos psiquiátricos? ¿más tecnología?, ¿o más represión?

Yo pienso que esto ya no se cura con palabras, con dialéctica. Ya no se arregla con informática, con ingeniería genética, con teorías psicológicas, con filosofías políticas, con economías de mercado. Se requiere para ello la presencia de un nuevo poder. Hace falta liberar la poderosa energía encerrada posesivamente en el ser humano por un materialismo aniquilador de la vida.

Conquistada la energía atómica, la energía social de organización y la energía electrónica de información, avanzamos ahora hacia la liberación de una “energía de alianza” hasta ahora desconocida. Se trata del uso inteligente de la energía creadora.

Esta energía “híbrida”, fuerza de ‘enlace’ entre el Cielo y la Tierra, “resonancia” de espíritu/materia, dicha energía creadora, preservada hasta hoy a los dioses y accesible solamente en las altas cumbres de la inteligencia y el amor comienza a ser reconocida como “bien intrínseco” de toda la humanidad y a ser utilizada como fuerza de liberación, como “puente energético” entre la conciencia psicológica y la conciencia espiritual.

Como en los antiguos “**misterios**”, el tránsito de la conciencia psicológica a la conciencia espiritual se realiza hoy por un nuevo rito de pasaje, se trata de cruzar el umbral de la sombra. Para ello ya no bastan los ideales de la Tierra, hace falta el “enlace” con el fuego cósmico (**mysterium coniunctionis**). McLuhan hablaría de “hibridación de medios”. C.G. Jung anuncia una “constelación de signos”. Yo preferiría hablar de “energía de enlace” como símbolo de alianza humano/divina en el propio corazón del hombre.

En la era cósmica en que vivimos, el “misterio espiritual” se revela por dentro como búsqueda de identidad, y por fuera como marcha de liberación (una “larga

marcha” a través del desierto de la civilización moderna, como diría Thomas Berry), dos fases de una misma génesis co-evolutiva (iniciación cósmica de la humanidad). Un nuevo “Éxodo”, una nueva “salida”, una nueva corriente de liberación, una nueva aventura del desierto.

Hoy, como ayer a la salida de Egipto, la ley del desierto es la misma: una estrella que guía desde el Cielo y un sacrificio consumado sobre la Tierra.

Pero, ¿por qué el desierto? ¿Y por qué un sacrificio?

Porque el alumbramiento de la conciencia cósmica reclama hoy una nueva materia; ya no es suficiente un ideal para sostener la vida, hace falta la vida para sostener el ideal.

El vacío existencial y la pérdida de sentido que hoy padecemos son los primeros síntomas de una experiencia del desierto interior que disuelve los compuestos del alma y borra las huellas del pasado, ruptura de simetría indispensable para un contacto directo con la luz de las estrellas.